

## HACIA UNA VISIÓN TRANSNACIONAL DE LA LITERATURA: *REVISTA IBEROAMERICANA, 1939-1956*<sup>1</sup>

*Towards a transnational vision of literature:  
Revista Iberoamericana, 1939-1956*

Jesús Iván Mora Muro\*

Universidad Autónoma de Querétaro, México

ORCID: 0000-0002-2548-3235

DOI: <https://doi.org/10.15174/orhi.vi23.6>

**RESUMEN:** En el presente texto propongo estudiar la *Revista Iberoamericana* (Ciudad de México, 1939), órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. La revista agrupó durante sus primeros años a un nutrido contingente de intelectuales americanos como Carlos García-Prada, Roberto Brenes-Mesén (Northwestern University, Evanston), Arturo Torres-Rioseco (University of California, Berkeley), Francisco Monterde (Universidad Nacional Autónoma de México) y Sturgis E. Leavitt (University of North Carolina).

Considero que una de las ideas centrales defendidas por la *Revista Iberoamericana* es, primordialmente, la visión iberoamericana de unión entre la América Latina y la anglosajona. Propongo que este proyecto editorial coadyuvó a la construcción de una visión transnacional de la literatura que emergió en el continente durante el periodo de estudio.

**PALABRAS CLAVE:** *Revista Iberoamericana*, literaturas nacionales, revistas culturales.

**ABSTRACT:** In this text I propose to study the *Revista Iberoamericana* (Mexico City, 1939), organ of the Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. During its first years, the magazine brought together a large contingent of American intellectuals such as Carlos García-Prada, Roberto Brenes-Mesén (Northwestern University, Evanston), Arturo Torres-Rioseco (University of California, Berkeley), Francisco Monterde (Universidad Autónoma de México), and Sturgis E. Leavitt (University of North Carolina).

I consider that one of the central ideas defended by *Revista Iberoamericana* is, primarily, the Ibero-American vision of union between Latin America and Anglo-America. I propose that this editorial project contributed to the construction of a transnational vision of the literature that emerged on the continent during the period of study.

**KEYWORDS:** *Revista Iberoamericana*, national literatures, cultural magazines.

FECHA DE RECEPCIÓN:  
9 de octubre de 2025

FECHA DE ACEPTACIÓN:  
25 de febrero de 2026

\* Doctor en Historia por El Colegio de Michoacán. Profesor-investigador de tiempo completo en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro. Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI), nivel II. Autor, entre otros, de *Los historiadores. Una comunidad del saber: México, 1903-1955* (El Colegio de Michoacán/El Colegio de la Frontera Norte, 2021). Contacto: [jimmu@hotmail.com](mailto:jimmu@hotmail.com)

<sup>1</sup> Agradezco la atenta lectura de las personas dictaminadoras, cuyos comentarios permitieron mejorar sustancialmente el presente artículo.



## INTRODUCCIÓN

En el presente texto estudio la *Revista Iberoamericana*, órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, durante el periodo de 1939 a 1956. Durante estos primeros años, la publicación se ubicó en la Ciudad de México, bajo las gestiones de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es por esta razón que decidí centrarme en esta temporalidad, cuando el proyecto editorial se consolidó desde ciertas directrices académicas dictadas por sus fundadores.

Propongo que este proyecto editorial coadyuvó a la construcción de una visión transnacional de la literatura que emergió en el continente durante el periodo de estudio. En él, fueron evidentes desde un principio los vínculos con los Estados Unidos y sus instituciones educativas: la dirección estuvo a cargo de Roberto Brenes-Mesén (Northwestern University, Evanston), quien se dedicaría a la literatura emanada de las Antillas y Centroamérica; Arturo Torres-Rioseco (University of California, Berkeley), especialista en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay; Carlos García-Prada (University of Washington), dedicado a Colombia, Ecuador y Venezuela; Francisco Monterde (Universidad Nacional Autónoma de México) y Sturgis E. Leavitt (University of North Carolina), estudiosos de la literatura de Estados Unidos y Perú.

De esta manera, el trabajo está orientado a explorar algunas de las líneas temáticas que determinaron las propuestas de la publicación. En un primer momento, la literatura colombiana tuvo un espacio relevante, principalmente durante los años de 1939 a 1945, periodo en el que Carlos García-Prada fue miembro del consejo editorial. Como era de esperarse, durante ese tiempo, la Segunda Guerra Mundial también jugó un papel protagónico. En un segundo momento, de 1945 a 1956, se multiplicaron las colaboraciones de autoras y autores que provenían de las universidades norteamericanas. Uno de los más activos y propositivos fue John E. Englekirk, importante difusor de la cultura y literatura iberoamericana desde Estados Unidos. En suma, el artículo muestra las visiones que se difundieron desde el norte del continente, a partir de instituciones, universidades y academias con un espíritu transnacional.

### LA REVISTA IBEROAMERICANA: CONTEXTO DE EMERGENCIA

En la actualidad, es bien conocido el potencial que guardan los estudios sobre las revistas literarias y culturales en el siglo xx. Desde la historia intelectual, se ha insistido en que el análisis de dichas sociabilidades permite la observación de las redes, encuentros y desencuentros entre los escritores latinoamericanos en momentos coyunturales, pero también este abordaje es fundamental para visualizar las continuidades dentro del campo intelectual y literario, o como lo ha manifestado Aimer Granados, para acceder a los “lazos de cultura” y comunidades académicas donde interactúan una pluralidad de actores: autores, editores, lectores, críticos, etcétera.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Granados, “Introducción”, 2012, pp. 9-20.

En las últimas dos décadas han surgido diversas propuestas metodológicas para el abordaje de estos soportes intelectuales. Por ejemplo, la propia *Revista Iberoamericana* dedicó los números 208 y 209 (2004) a las revistas literarias y culturales de América Latina. Para ese momento, nos advierten Jorge Schwartz y Roxana Patiño, estas publicaciones sólo eran estudiadas, en la mayoría de los casos, como tribunas representativas de un movimiento o generación, o como plataformas de lanzamiento de ciertos autores de renombre. Para complementar estas tendencias, los autores propusieron que las revistas podían ser también pensadas y estudiadas “como un espacio dinámico de circulación e intersección de discursos” en el estudio de la literatura, la historia intelectual y las ideas, la sociología cultural, entre otros campos.<sup>3</sup>

Recientemente se ha seguido insistiendo en la pluralidad de enfoques desde los cuales pueden analizarse las revistas, ya que “a diferencia de otras textualidades, basadas en la unidad y singularidad (un autor, un género), las publicaciones periódicas son en su mayoría objetos heteróclitos”, con diversos colaboradores y géneros.<sup>4</sup>

Con esta antesala de propuestas, en la presente investigación analizo a los colaboradores de la revista que sustentaron algunas de las ideas centrales defendidas por la *Revista Iberoamericana* (en adelante *RI*): primordialmente la visión iberoamericana de unión entre la América Latina y la anglosajona, las referencias al contexto bélico que se vivía desde 1939 a 1945 y, por último, los balances literarios realizados por analistas como Carlos García-Prada y John E. Englekirk.

Para conocer los primeros pasos que se dieron para la creación de la *RI* en 1939, se cuenta con el balance realizado por Gerald Martin, quien escribió que la publicación había tenido tres épocas: la de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1939-1956; la de Alfredo Roggiano y Keith McDuffie, Iowa y Pittsburgh, 1956-1991; y la de Mabel Moraña, 1996-2002 (año en el que apareció el estudio). En la actualidad (2026), la dirección está a cargo de Ana Peluffo (University of California).

En cuanto a la primera etapa, importante para los fines del presente texto, la “génesis” del Instituto se remonta a una conversación entre Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y muy probablemente Manuel Pedro González, quienes a fines de 1937 llevaron la propuesta a Julio Jiménez Rueda y Francisco Monterde, profesores de la UNAM, y organizaron en la Ciudad de México el Primer Congreso sobre literatura iberoamericana en agosto de 1938. En dicha reunión académica se acordó la creación de dos agencias: el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y la *Revista Iberoamericana*. Para Gerald Martin, la misión de las dos entidades era el latinoamericanismo:

A diferencia de otras asociaciones o revistas, a nuestras dos instituciones les interesa, no España, no Francia, ni siquiera Estados Unidos (después del panamericanismo un poco tibio y siempre ambivalente de los primeros años, animado casi exclusivamente por Carlos García-Prada), sino América Latina con todos sus nombres —Latinoamérica, Iberoamérica, Indoamérica, Hispanoamérica.<sup>5</sup>

Como toda publicación literaria y cultural, en su primer número la *RI*, a través de su equipo editorial, dio a conocer los motivos de su aparición y las metas que perseguían sus miembros fundadores:

Los hombres que nos reunimos en el Primer Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana experimentamos, quien más quien menos, la necesidad de encaminarnos a la fraternidad por la cultura, y resolvimos la creación de un permanente Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (Primer presidente Manuel Pedro González) con propósitos definidos, si bien flexibles para permitir la adaptación a la experiencia propia y a la cooperación externa [...]. Es órgano del Instituto esta *REVISTA IBEROAMERICANA* en cuyas páginas se tratará de registrar, reseñar y juzgar, en la medida en la que los autores nos lo permitan, la obra literaria que con tanta hermosura se va desarrollando en las naciones de Iberoamérica.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Schwartz y Patiño, “Introducción”, 2004, pp. 647-650.

<sup>4</sup> Pita, Grillo y Morales, “Datificación”, 2020, p. 192. Para el caso de las redes intelectuales transnacionales, véase: Pita, *Redes*, 2016.

<sup>5</sup> Martin, “Instituto”, 2002, p. 507.

<sup>6</sup> Brenes, “Editorial”, 1939, pp. 7-9.

Efectivamente, como lo mencionó Gerald Martin, en este proyecto literario-intelectual que iniciaba fueron evidentes desde un principio los vínculos con Estados Unidos y sus instituciones educativas. Por esta razón, es importante desde un inicio desvelar las distinciones entre los diferentes términos que se han utilizado para definir al continente desde sus postulados ideológicos.

Pese a que el enfoque iberoamericano, en teoría, no incluía a Estados Unidos, en la práctica editorial y las temáticas abordadas, la publicación se construyó en sus primeros años bajo la sombra de los estadounidenses. Este panamericanismo disfrazado, muy común en el periodo de la Segunda Guerra Mundial, formó parte de un proyecto cultural que no estaba exento de la búsqueda de intereses económicos para unir a los países de América: la anglosajona y la llamada latina, con el objetivo de cohesionar bajo objetivos comunes el continente entero.<sup>7</sup> En este contexto geopolítico, México, “como país bisagra”, articuló las relaciones y los vínculos, en este caso culturales, entre las universidades norteamericanas y las del sur del continente.<sup>8</sup>

Recientemente, Rafael Rojas ha destacado el papel del término *iberoamericanismo* entre la intelectualidad americana del siglo xx. Para él, Iberoamérica, como un espacio imaginario que integra a España y Portugal, fue discutido por autores como José Vasconcelos y José Carlos Mariátegui, quienes desde diferentes posturas ideológicas se aproximaron al término desde una mirada diferente al conservadurismo decimonónico y también distinto al latinoamericanismo (posgeneración del 98) que defendían, entre otros, el uruguayo José Enrique Rodó. Es significativo que hasta la proclamación de la Segunda República española (1931), el iberoamericanismo y el hispanoamericanismo “no incluían, generalmente a España dentro de aquella identidad imaginaria”, ya que, para entonces, en opinión de intelectuales como Manuel Ugarte, José Ingenieros y Victor Raúl Haya de la Torre, “España ya había cumplido su misión en

América”. En suma, en opinión de Rojas, durante estas primeras décadas del siglo, la multiplicidad de prefijos respondió a resistir tanto al panhispanismo como al panamericanismo (proestadounidense) de corte imperialista.<sup>9</sup>

Como es bien conocido, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, el papel de América se agigantó como nuevo reducto de cultura tras la catástrofe bélica en Europa:

El Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana respondió al llamamiento inicial de un nuevo estado de conciencia en el Continente. Nos damos cuenta de un despertar, algo así como de un ciclo de cultura que se anuncia en los preciosos momentos en que cae sobre otras zonas, que fueron afortunadas antes, el crepúsculo de la Civilización a cuyo amparo ha venido desenvolviéndose todo el conjunto de América.<sup>10</sup>

Posteriormente, en el número tres, se insistió en la unidad americana. Los catedráticos de literatura iberoamericana, “saben que ha llegado ya la Hora de América, por tanto tiempo presentida y esperada, y quieren por lo mismo ocupar el puesto que les corresponde en la noble labor que en los días por venir ha de realizar la América entera en defensa de su propio ser y su destino singular”.<sup>11</sup>

Manuel Pedro González, director del Instituto, continuó con la misma tónica. Los americanos, escribió, “sabemos ya distinguir el bien del mal, la belleza de la fealdad, y la verdad de la mentira, y nos damos cuenta cabal del significado redentor de los ensueños e ideales que encarnan en las personas de nuestros libertadores [...] Ideales de paz y de justicia”.<sup>12</sup>

Con la misma intención homogeneizadora, Carlos García-Prada también dejó plasmada su opinión al respecto:

La presente hora es de crisis esencial. Un mundo muchas veces centenario —el Mundo Antiguo de Oriente y Occidente— liquida, agónico, todos sus

<sup>7</sup> Para una definición de los términos *panamericanismo* y *latinoamericanismo*, véase: Ardao, “Panamericanismo”, 2006, p. 157.

<sup>8</sup> Pita, Grillo, y Morales, “Datificación”, 2020, p. 196. Además de la propuesta metodológica elaborada por los autores, el análisis realizado de la *Revista de Historia de América* es un buen punto de comparación para el periodo histórico que enmarca el presente artículo.

<sup>9</sup> Rojas, *Historia*, 2025, pp. 27-35. Para el caso del antiimperialismo, véase: Pita y Marichal, *Pensar*, 2012.

<sup>10</sup> González, “Editorial”, 1939, pp. 257-259.

<sup>11</sup> González, “Editorial”, 1940, p. 10.

<sup>12</sup> González, “Editorial”, 1940, p. 13.

haberes, y se prepara, por medio de la técnica al servicio de la fuerza [...] Bien lo sabemos los americanos del Norte, del Centro y del Sur, y nos damos la mano, ahora más que nunca, porque estamos seguros del triunfo definitivo, y convencidos de que será una *Paz Americana* la que salvará al Mundo.<sup>13</sup>

Otro aspecto a destacar es que, número tras número, la publicación se esmeró por dar a conocer la literatura emanada tanto del norte como del sur de América. Entre los más activos en el periodo que comprende esta investigación se encuentra el cubano José María Chacón y Calvo (1892-1969), quien destacó en el mundo literario por sus valiosas compilaciones de la poesía cubana. En la revista, dio a conocer trabajos sobre la poesía de José María Heredia, destacado escritor de la primera mitad del siglo XIX, y sobre la labor de los jesuitas en la isla. También John Englekirk (1905-1983),<sup>14</sup> investigador norteamericano, profesor de la Universidad de Nuevo México y destacado estudioso de la cultura hispanoamericana, quien, además de elaborar reseñas, abordó la obra del periodista y escritor norteamericano Isaac Goldberg (1887-1938), la Generación del 98, Miguel de Unamuno y sus trabajos bibliográficos sobre literatura norteamericana, y Gastón Figueira (1905-1999), escritor uruguayo quien en la revista estudió ampliamente tanto la literatura de su país natal como la argentina y brasileña.

Los ya mencionados Sturgis E. Leavitt (1888-1977) y Arturo Torres-Rioseco (1897-1971); el primero reconocido hispanoamericanista estadounidense, especialista en el siglo de oro español y en Juan Ruiz de Alarcón, mientras que el segundo importante crítico literario chileno especialista en la obra de Rubén Darío, el modernismo y la novela hispanoamericana.<sup>15</sup>

Concha Meléndez (1895-1983), ensayista y poeta nacida en Puerto Rico, cursó estudios en la Universidad de Columbia y se doctoró en filosofía

en la UNAM (1932). En la revista publicó múltiples reseñas y artículos sobre literatura argentina, peruana y uruguaya. Entre sus estudios, destaca el dedicado al poeta Carlos Sabat Ercasty (1887-1982).

Carlos García-Prada (1898-1979),<sup>16</sup> quien además de su labor editorial se dedicó de manera intensa a la escritura de reseñas y a la difusión de la poesía y novela latinoamericanas. Destacan sus trabajos sobre los poetas colombianos Julio Arboleda y Porfirio Barba Jacob.

Otra labor fundamental del Instituto y la revista fue la organización y difusión de los encuentros académicos en los que se dieron cita a especialistas de la literatura americana. En las páginas de la editorial del número de octubre de 1942, Carlos García-Prada informó muy entusiasmado sobre el Tercer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana, que se llevaría a cabo en noviembre de ese mismo año en la Universidad de Tulane, Nueva Orleans. Con el sugerente título de “El nuevo mundo en busca de su expresión”, para García-Prada el encuentro tendría como objetivo primordial “aclarar ciertos conceptos y a señalar posiciones americanas, por creerlo necesario y urgente”, “y a discutir lo que para la Historia de América significaron y significan y significarán los héroes de hoy”.<sup>17</sup> Entre los invitados, se tenía planeado que participasen Antonio Aita, Germán Arciniegas, Augusto Arias, Jorge Basadre, Jorge Carrera Andrade, Henri Seidel Canby, José María Chacón y Calvo, Gilberto Freyre, Carlos González Peña, Archibald Mac Leish, Federico de Onís, Gustavo Adolfo Otero, Afranio Peixoto, Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Raúl Silva Castro, Arturo Uslar Pietri, Alberto Zum Felde, entre otros.

Posteriormente, el mexicano Julio Jiménez Rueda, después de hablar de las dificultades para que se llevara a cabo el evento —ocasionadas en gran medida por la Guerra, por la falta de transportes adecuados, etcétera—, hizo hincapié en los resolutivos a los que llegaron los participantes. El Congreso ratificaba, en su opinión, su posición democrática afirmada en la primera asamblea

<sup>13</sup> García-Prada, “Hora”, 1942, pp. 257-261.

<sup>14</sup> Roggiano, “John”, 2002, pp. 775-779. El autor explica la labor de Englekirk como fundador del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (como su presidente entre 1940 y 1942) y como coeditor desde 1940 de la *Revista Iberoamericana*.

<sup>15</sup> Roggiano, “Homenaje”, 2002. Carlos García-Prada también dejó el testimonio de su amistad con Torres-Rioseco en su texto: García-Prada, “Sólo”, 1945.

<sup>16</sup> Nació en Málaga, departamento de Santander. Estudió el bachillerato en Bogotá. Posteriormente, realizó sus estudios en la Universidad de Columbia y Michigan. Fue profesor de la Universidad de Washington, Seattle.

<sup>17</sup> García-Prada, “Editorial”, 1942, p. 255.

reunida en México, y hacía votos porque todos los escritores de América comprendieran, en toda su amplitud, el momento histórico por el que atravesaba la humanidad. Además, insistió en que era indispensable tomar plena conciencia del destino que aguardaba el continente, en donde la libertad debía ser una bandera para propiciar el florecimiento de la cultura.<sup>18</sup>

Entre los trabajos que se presentaron en el Congreso, destaca el de Werner Peiser, “Pan-Europa y Pan-América”, estudio importante para seguir indagando en la percepción que tenían los autores de la *RI* en relación con los vínculos que debían mantener los americanos. Primeramente, el autor explicó lo conflictivo que resultaba para aquella época seguir utilizando el concepto *pan*, ya que comúnmente se identificaba “con ideologías que no merecen de ninguna manera la honra de ser llamadas con esa palabra magnífica y prometedora”: el Pan-Islamismo, Pan-Eslavismo, Pan-Germanismo, entre otros, que designaban “movimientos con los que no queremos tener que ver, movimientos que son, a nuestros ojos, símbolos de una filosofía destructora, de una actitud hostil, de una tendencia que separa a los espíritus en lugar de unirlos”. Sin embargo, consideró positivo el término *Pan-Europa*. Al respecto, para argumentar dicha postura, destacó su experiencia en los círculos de poder en la Europa de entre guerras:

Por muchos años fui miembro del Gobierno democrático de la República de Weimar. Como consejero superior del gobierno y vice-director de relaciones políticas, tuve la oportunidad de asistir a todas las sesiones de los varios gabinetes republicanos [...] No hubo ninguna sesión importante de la Dieta del Reich o de la Prusia entre los años 1919-1931, en las cuales no estuviese presente. He conocido a los reaccionarios y a los enemigos públicos y secretos de la República, como he conocido a sus amigos y sus defensores, que en cada momento estaban dispuestos a sacrificarlo todo por la causa sagrada de la República. En los primeros años de mi actividad conocí al Conde Harry Kessler, ardiente representante de la idea pan-europea, y traté de propagar en Alemania el conocimiento de las ideas esenciales de Coudenhove-Kalergi,

aquel aristócrata austriaco que dedicó toda su vida a una idea: a la idea de Pan-Europa.

Así, su concepción de una Europa unida era fundamentalmente pacifista y antibélica, y concluyó que más allá de las diferencias inherentes al interior de Europa y América era deseable una colaboración entre Pan-Europa y Pan-América que representaría el establecimiento de una “paz perpetua”.<sup>19</sup>

Como complemento a esta visión transnacional que se manifestó en la *RI*, en el siguiente apartado me centraré en la literatura colombiana que fue una de las más abordadas en la publicación. Como se mencionó desde las primeras líneas, la influencia de Carlos García-Prada fue medular para el desarrollo de esta línea literaria y el acercamiento a los Estados Unidos como epicentro institucional y discursivo.

#### VISIÓN DE LA LITERATURA COLOMBIANA

El interés del trabajo crítico llevado a cabo por Carlos García-Prada tuvo una buena recepción entre sus colegas. Muestra de ello son los estudios analíticos de su obra y las reseñas de sus libros y antologías que aparecieron en la propia *Revista Iberoamericana*. Esther J. Crooks escribió sobre *Luz que flota en el olvido* (México, 1939), una antología de sonetos de autores colombianos que complementaba la obra del autor titulada *Antología de líricos colombianos* (1937): “La juiciosa selección ha producido una grata variedad de autores y de poesías. Allí la soltura de Álvarez Henao, la parnasiana sobriedad de Ismael Enrique Arciniegas, la diáfana gracia de Eduardo Castillo, la elegancia de Juan Lozano y Lozano, la perfección de Guillermo Valencia”.<sup>20</sup> En el volumen, también aparecen Rafael Pombo, José Eustasio Rivera, Alfredo Gómez Jaime, Luis Carlos López y Julio de Francisco.<sup>21</sup>

Por otro lado, el escritor Campio Carpio (Carpio Pérez Pérez) dejó un valioso testimonio de la apreciación de la obra del colombiano, a quien consideraba uno de los “mejores críticos de América”. Para él, García-Prada se caracterizaba por la “labor múltiple” que desde años atrás había

<sup>18</sup> Jiménez Rueda, “Tercer”, 1943.

<sup>19</sup> Peiser, “Pan-Europa”, 1944, p. 318.

<sup>20</sup> Crooks, “Reseñas”, 1940, p. 486.

<sup>21</sup> V. A., “Reseñas”, 1940, pp. 485-486.

emprendido como autor de ensayos y selecciones de poesía. Trabajo que lo había convertido en uno de los grandes humanistas del continente.<sup>22</sup>

También el mexicano Francisco Monterde, con motivo de la aparición de *Estudios hispanoamericanos* (El Colegio de México, 1945), aseveró que García-Prada era “uno de los más distinguidos maestros” de “Literatura iberoamericana en las universidades de los Estados Unidos”. La obra está compuesta por ensayos literarios y notas sobre libros que aparecieron en diversas publicaciones aparecidas desde el año de 1936, como es el caso de la introducción a su volumen titulado *Antología de líricos colombianos*.<sup>23</sup> Mientras que Baldomero Sanín Cano destacó lo siguiente:

En García-Prada concurren por maravillosa disposición de las musas todas las cualidades requeridas para llevar obra de tantos quilates literarios y psicológicos. García-Prada es un poeta, no en el estrecho sentido de que expresa bellamente sus sentimientos en cabos rimados, si no en el de su compenetración con el alma de las cosas y con el significado esotérico de esta exhalada sucesión de fenómenos que llamamos vida. Es, además, un esteta, es decir, un hombre que atisba las leyes de nuestra sensibilidad. Conoce nuestra poesía, la entiende y la adora con presión refrenada sólo por el instinto de la belleza insito en su delicado espíritu.<sup>24</sup>

Al respecto, también es relevante la carta escrita por Antonio Gómez Restrepo dirigida a García-Prada con motivo de la publicación de *Prosas y versos* de José Asunción Silva (1942), volumen preparado por el propio García-Prada y que formó parte de la colección Biblioteca de Clásicos de América: *Antología poética* de Manuel González Prada (preparada también por García-Prada), 1940; *Prosas y versos* de José Asunción Silva (1942) y *Los mejores cuentos* de Horacio de Quiroga (1943). En opinión de Gómez Restrepo:

La edición es muy elegante, y la mejor que se ha hecho del poeta; las piezas están muy bien escogidas y ha dado usted entrada a composiciones

que no figuran en otras ediciones y que son dignas de recuerdo. He leído con placer el estudio preliminar, que me parece lo mejor que usted ha escrito, por la manera elevada como trata usted el tema [...] Ha tributado usted un justo homenaje a la memoria del gran poeta y ha prestado un gran servicio al público lector.<sup>25</sup>

Por último, para cerrar este balance de la obra de García-Prada, Campio Carpio, seudónimo de Campio Pérez Pérez, después de realizar un extenso recorrido por la obra del colombiano, reconoció la labor del pueblo estadounidense a favor del fomento a la cultura americana:

Frente a la industrialización de la palabra, al adocenamiento servil y humillante de quienes sométense [*sic*] a la disecación del pensamiento, le mimifican [*sic*] y momifican para la cotización, por decenas, kilos o metros, es una satisfacción grande cuando comprobamos que, pese a las dificultades originadas por la guerra, los descendientes del Tío Sam se descubren y respetan la opinión de los hombres libres, tanto en ideas estéticas como sociales. No hay muchos países bajo la bóveda celeste donde el ser humano pueda expresar sus sentimientos más íntimos. La república del Norte, sin ser excepción, es una de las garantías que harán vivir la democracia.<sup>26</sup>

Sin duda, como ya se advirtió, fue durante la contienda bélica cuando Estados Unidos retomó el camino de liderazgo entre las naciones americanas, y en el ámbito de la cultura literaria no fue la excepción.

Volviendo al caso colombiano, ante la multiplicidad de estudios acerca de la literatura que escribió García-Prada, me centraré sólo en algunos ejemplos que muestran su importante labor como divulgador y crítico.

Desde el primer número mostró un gran interés por dar a conocer la literatura de su país. Reseñó el libro de Antonio Gómez Restrepo, *Historia de la literatura colombiana* (1938), volumen dedicado al periodo virreinal, centrado en poetas como Gonzalo Jiménez de Quezada, Juan de Castellanos, Hernando Domínguez Camargo, Francisco

<sup>22</sup> Carpio, “Ideas”, 1945, pp. 209-215.

<sup>23</sup> Monterde, “Estudios”, 1946, pp. 140-142.

<sup>24</sup> Sanín, “A propósito”, 1941, p. 50.

<sup>25</sup> Gómez Restrepo, “Carta”, 1943, pp. 19-20.

<sup>26</sup> Carpio, “Ideas”, 1945, pp. 214-215.

Álvarez de Velazco y Zorrilla, entre otros. Además de exaltar la erudición de Gómez Restrepo, García-Prada hizo hincapié en la pertinencia de este tipo de estudios literarios que incluían un análisis contextual-histórico de los escritores latinoamericanos y no sólo el análisis literario de sus obras: “se necesita urgentemente la publicación de una obra seria, amplia y completa, que nos presente los aspectos más significativos de la literatura colombiana, en su relación con su ambiente geográfico, demográfico, histórico, social, político y estético en que se ha venido desarrollando.”<sup>27</sup> En este sentido, es evidente que la labor del crítico literario manifestaba en este periodo importantes cambios: mayores metas metodológicas y su especialización constante.

El poeta de tintes religiosos radicado en México, Germán Pardo García (1902-1991), también fue objeto de mención por él. *Presencia*, publicado en 1938, “es un libro de luz y de espacio, transido de noble y casta religiosidad”. “La presencia del ser” en su universalidad es la que se expresa:

La inmensidad recóndita se piensa  
desde otra inmensidad, y en la bonanza  
de los desnudos trigos, su esperanza  
la misma vida universal condensa  
Yo estoy contigo y al hablarte siento  
que ya para nosotros sólo existe  
paz en la tierra y en los aires calma.<sup>28</sup>

Este misticismo está también presente en Mario Carvajal Borrero (1896-1972), político y rector de la Universidad del Valle, quien publicó *Estampas y apologías* (Bogotá, 1938), poesía de tintes católicos inspirada “en la savia que abundante fluye de los grandes místicos españoles de los mejores tiempos, Santa Teresa, los Fray Luises”. García-Prada después exaltó la convicción del poeta que es cristiano:

El poeta —místico en el más genuino sentido de la palabra— no vive aislado, ni es indiferente al conflicto y confusión de los tiempos modernos, en que parecen derrumbarse los más nobles valores humanos, víctimas del extravío universal de la inteligencia y el endurecimiento de los corazones [...]. Y ante el conflicto se yergue él, hombre

cristiano de veras, confiado y seguro de que la Iglesia, “nave que lleva áncora de esperanza” y antena de lona “en forma de cruz”, seguirá avanzando hacia puertos de redención y de bonanza, como Jesús, “viajero de pie enjuto sobre las filos de la ola.”<sup>29</sup>

Otro autor católico que aparece en sus estudios es Manuel Mosquera Garcés (1907-1972), con *La ciudad creyente* (Bogotá, 1938), un libro sobre la historia de Colombia vista desde la óptica religiosa. La obra conmemoró el cuarto centenario de la fundación de Bogotá y se compone de ensayos apologéticos en donde se defiende el “dominio espiritual” de España sobre América y se exalta la labor emprendida por la Iglesia en Colombia.<sup>30</sup>

No sorprende la cercanía de García-Prada a la poesía católica. Es cierto que sus reseñas muestran la variedad de sus intereses literarios, sin embargo, otra de las publicaciones en las que participó a inicios de la década de los años cuarenta fue la revista *Ábside*, dirigida por el sacerdote michoacano Gabriel Méndez Plancarte y que agrupó a un importante contingente de intelectuales católicos de México y el resto del continente.<sup>31</sup>

Desde otra línea interpretativa e ideológica, el escritor y poeta modernista Ismael Enrique Arciniegas (1865-1938) publicó *Romancero de la Conquista y la Colonia* (Bogotá, 1938), volumen que reúne trece romances históricos (sobre la conquista y la época colonial) y varios sonetos que el autor ya había publicado con anterioridad en su obra *Antología poética* (1932). En suma, el *Romancero* tuvo como propósito “ofrendarle un homenaje de cariño a Bogotá, en su cuarto centenario”. Arciniegas, aclara García-Prada, creó su propia visión de los conquistadores y los indígenas: “Descendiente de españoles e indios, él ve impasible unas veces, orgulloso otras, no solo las luces sino también las sombras que le dan realce y fuerza al legendario cuadro de la Conquista.”<sup>32</sup>

La pluralidad de intereses poéticos que manifestaba García-Prada lo llevó también a indagar en el trabajo de escritores como Alfredo Ortiz Vargas (1895-1951), poeta bogotano radicado en Estados Unidos, profesor en la Universidad de Kansas

<sup>27</sup> V. A., “Reseñas”, 1939, p. 186.

<sup>28</sup> V. A., “Reseñas”, 1939, p. 191.

<sup>29</sup> García-Prada, “Estampas”, 1940, pp. 226-228.

<sup>30</sup> García-Prada, “Ciudad”, 1940, pp. 228-231.

<sup>31</sup> Mora, “Catolicismo”, 2011, pp. 139-170.

<sup>32</sup> García-Prada, “Romancero”, 1940, pp. 231-233.

City y cercano colaborador de la propia RI.<sup>33</sup> En *Las torres de Manhattan* (Boston, 1939), Ortiz Vargas “no se contentó con admirar el poder y la grandeza materiales” de la gran ciudad, “antes bien se esforzó por conocer su pasado, su presente, su porvenir” y “los valores espirituales que atesora su corazón profundo, acogedor y esperanzado”. Sin duda, la poesía de Ortiz Vargas es una muestra más de la cercanía que estos intelectuales latinoamericanos mantuvieron con Estados Unidos, ampliaron sus horizontes hacia el lado anglosajón de América y se desempeñaron como profesores universitarios en algunas de las instituciones más prestigiosas del país del norte. En su poema, también nos habla de su Universidad: “pensamiento abierto, como el mar, a todas las naves, los rumbos, los vientos”. “Templo de la Democracia y del saber humano libre de prejuicios y de dogmas”<sup>34</sup>

Destacado también es el estudio que realizó García-Prada sobre la obra de Porfirio Barba Jacob [Miguel Ángel Osorio] (1883-1942), autor de *Rosas negras. Canciones y elegías y la canción de la vida profunda y otros poemas*, que reúne su producción literaria. A finales del siglo xx, su poema “canción de la vida profunda” fue reconocido como el mejor poema en Colombia, designándole, de esta manera, el honoroso título de “poeta nacional”. Esto a pesar de su talante de “poeta maldito”, quien cantó en alguno de sus escritos a la homosexualidad y fue bohemio y trotamundos.<sup>35</sup> Así lo describió García-Prada: “En México, en Cuba, en Guatemala, vio las más negras simas del alma y de la vida social”. Se asoció con efebos, mujerzuelas, hampones, vagos y anarquistas. Conoció los horrores y los deleites del vicio. Palpó las cosas, y se dio cuenta de que en ellas se manifiesta la tragedia universal que hiere y conturba al espíritu.<sup>36</sup>

De igual manera, no se puede pasar por alto lo que García-Prada escribió sobre el poeta León de Greiff:

Jamás he hablado con De Greiff. Lo vi por primera vez en 1916, en un cafetín situado cerca del

Teatro Municipal, donde nos reuníamos unos cuantos muchachos. Mientras jugábamos a las carambolas, un hombre de veintinueve años, alto, rubicundo, de ojos zarcos y barba sin rasurar, se sentaba solo, a fumar en pipa —cosa extraordinaria en la Bogotá de entonces— y a escuchar la música de una pianola [...]. En 1935 supe en Bogotá que De Greiff era empleado modelo de un banco y que vivía completamente solo, “como un búho”, en una modesta pensión [...]. Siempre me ha obsequiado sus obras literarias [...]: *Variaciones alrededor de nada y Prosas de Gaspar*.<sup>37</sup>

Otras investigaciones y reseñas críticas de autores colombianos que aparecieron en el periodo de estudio son los textos elaborados por Luis de Zuleta sobre Rufino José Cuervo (1844-1911);<sup>38</sup> José María Ots acerca de Germán Arciniegas (1900-1999) y su *Jiménez de Quezada* (Bogotá, 1939).<sup>39</sup>

El análisis de las reseñas puede ser un excelente indicador de las tendencias y aspiraciones de una publicación: lugar de edición, género (novela, poesía, ensayo), autores recurrentes, etcétera. Desde el primer número, Roberto Brenes-Mesen fue de los más activos: escribió sobre el filósofo y dramaturgo boliviano Guillermo Francovich, *Os ídolos de Bacon* (1938), ensayo sobre el pensamiento de Francis Bacon, “repleto de pensamiento y vitalidad”, y abordó la obra del argentino Alberto Zum Felde, y su *Alción* (1937) de tintes filosóficos. Carlos García-Prada se dedicó a textos que, como ya se advirtió en la presente investigación, se centraban en la literatura fundamentalmente colombiana: Antonio Gómez Restrepo, *Historia de la literatura colombiana* (1938); la poesía de Germán Pardo García, *Presencia* (1938) y de Cynthio Vitier, *Poemas* (La Habana, 1938).

Destaca también la reseña elaborada por Sturgis E. Leavitt sobre Augusto Guzmán, *Historia de la novela boliviana* (1938), quien escribió que era “de lamentar que el señor Guzmán no haya tocado lo referente a las influencias literarias, la vida de los autores y el contacto que hayan tenido éstos con el sector social de que se ocupan”. Es importante esta apreciación, ya que tanto Leavitt como el propio García-Prada (primordialmente para el caso de

<sup>33</sup> Para mayores detalles de su vida y obra, véase: Vives, “En la”, 1952, p. 269.

<sup>34</sup> García-Prada, “A. Ortiz”, 1941, p. 440.

<sup>35</sup> María Mercedes Carranza, “Porfirio Barba Jacob. El hombre que parecía caballo...”, en: *El País*, 8 de marzo de 2002.

<sup>36</sup> García-Prada, “Una”, 1942, pp. 203-207.

<sup>37</sup> García-Prada, “Colección”, 1942, pp. 439-440.

<sup>38</sup> Zuleta, “Porvenir”, 1941, pp. 13-18.

<sup>39</sup> Ots, “Germán”, 1941, pp. 456-459.

Gómez Restrepo) apuntaban que los estudios literarios deberían incluir un análisis contextual-histórico de los escritores latinoamericanos y no sólo el análisis literario de sus obras. En este sentido, la crítica literaria estaba sufriendo en aquellos años una notable transformación en sus objetivos y presupuestos.

Otra apreciación relevante es que durante este periodo de estudio la poesía continuaba siendo, como lo había sido en el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, la gran representante de las letras latinoamericanas. La novela, por ejemplo, aunque ya tenía cierto prestigio con hombres y mujeres de letras que la practicaban, no había logrado despuntar del todo.

Ejemplos de este manifiesto interés por las obras poéticas son los siguientes análisis: Octavio Amórtegui sobre Blanca de Sánchez Montenegro, *Diafanidad* (Bogotá, 1938); C. Meléndez sobre Estuardo Núñez, *Panorama actual de la poesía peruana* (Lima, 1938); John Englekirk sobre poesía guatemalteca y el peruano González Prada; L. E. Nieto Caballero sobre poesía colombiana.<sup>40</sup>

En el siguiente apartado, exploraré algunos ejemplos de cómo la novela colombiana fue tomando mayor importancia entre los críticos literarios de la revista como el mencionado líneas arriba, Englekirk.

## MISIÓN TRANSNACIONAL

John E. Englekirk (1905-1983), desde Estados Unidos y la *Revista Iberoamericana*, a lo largo de su carrera crítico-literaria logró consolidarse como uno de los más importantes baluartes de la visión transnacional en el continente. Por ejemplo, Horacio Tarcus lo reconoce como uno de los primeros estudiosos de las revistas y publicaciones periódicas en Latinoamérica,<sup>41</sup> y Alfredo A. Roggiano le dedicó un texto en el que le llamó “uno de los más notables pionner del hispanismo norteamericano”. Además de ser uno de los fundadores del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (1938) y uno de los más importantes animadores de la revista, Englekirk fue profesor en la Universidad de Tulane (1938-1958) y en la Universidad de

California en los Ángeles. Su tesis doctoral estuvo dedicada a la recepción de Edgar Allan Poe en Iberoamérica y sus investigaciones versaron sobre el amplio espectro de la literatura americana.<sup>42</sup>

La *Revista Iberoamericana* escribió múltiples reseñas y extensos trabajos académicos. Entre sus primeros trabajos, destacan los dedicados a la generación española del 98, a la percepción de estos intelectuales sobre América y sus intentos por tender puentes culturales más allá del Atlántico: Altamira y Crevea, Eduardo Gómez de Baquero, Francisco Grandmontagne, entre otros, y su texto en el que explora el pensamiento de Miguel de Unamuno como crítico literario.<sup>43</sup>

En cuanto a los lazos entre Estados Unidos y las demás naciones del continente, Englekirk reconoció que en los últimos años se habían tendido puentes entre las naciones iberoamericanas. Particularmente, exploró el caso de la crítica brasileña, que por lo común se mantenía aislada:

No fue sino con el modernismo con el que se logró romper definitivamente las barreras coloniales que mantenían aislados entre sí a los hijos de la vieja Madre España. La lista de obras traducidas del portugués al español apenas alcanzaba a la de las obras brasileñas vertidas a inglés [...] El Brasil, tanto como las demás naciones del continente, mantenía estrechas relaciones con Europa, especialmente con Francia [...], que se convirtió en el vínculo entre estas naciones y se dificultó una ‘influencia recíproca interamericana’.<sup>44</sup>

En su opinión, durante los últimos diez años, “los contactos personales de ilustres literatos han aumentado constantemente entre el Brasil y varios países hispanoamericanos”, con la labor de Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Gastón Figueira y Lydia Besouchet, quienes contribuyeron “a derrumbar las murallas que separan a sus respectivos países”.<sup>45</sup>

En otro lugar, el autor explicó que lamentablemente la opinión que tenían los latinoamericanos sobre Estados Unidos se había caracterizado por seguir los estereotipos emanados de Hollywood o,

<sup>42</sup> Roggiano, “John”, 2002, pp. 775-779.

<sup>43</sup> Englekirk, “Hispanoamericanismo”, 1940; Englekirk, “Unamuno”, 1941.

<sup>44</sup> Englekirk, “Reseña”, 1943, p. 197.

<sup>45</sup> Englekirk, “Reseña”, 1943, pp. 197-202.

<sup>40</sup> V. A., “Reseñas”, 1939, pp. 196-204.

<sup>41</sup> Tarcus, *Revistas*, 2020, pp. 35-36.

en su caso, seguían repitiendo los puntos de vista de escritores como Rodó, quien veía a los norteamericanos como los representantes mundiales del materialismo, etcétera. Englekirk fue enfático cuando consideró que “sólo la verdad puede servir ahora para fortalecer y robustecer la amistad interamericana”, y superar, de esta manera, “la arrogancia beligerante estrechamente nacionalista”.<sup>46</sup>

Por último, mencionaré uno de los trabajos más relevantes del autor publicados en la revista. Me refiero al análisis que realizó sobre la novela colombiana. Considero que este texto puede ser un excelente ejemplo para ilustrar las transformaciones que estaba sufriendo la literatura latinoamericana al finalizar la primera mitad del siglo xx. Del paradigma poético, se pasó al giro que llamaré *novelístico*.

En primer lugar, es muy relevante que Englekirk y Gerald E. Wade realizaron un puntual recorrido por el “estado de la cuestión” de la novela en Colombia. Entre los estudios que los precedieron, los autores destacan los siguientes: Roberto Cortázar, *La novela en Colombia* (1908), tesis doctoral bajo la dirección de Antonio Gómez Restrepo (1869-1948); José J. Ortega T., *Historia de la literatura colombiana*; Gustavo Otero Muñoz, *Resumen de historia de la literatura colombiana*; Nicolás Bayona Posada, *Panorama de la literatura colombiana*; Baldomero Sanín Cano, *Letras colombianas*; y Antonio Gómez Restrepo, *Historia de la literatura colombiana*. En general, en su opinión, dichas obras habían estudiado de manera muy sintética la novela colombiana.<sup>47</sup>

Otras obras de carácter bibliográfico son las de Isidoro Laverde Amaya, Luis Eduardo Nieto Caballero, Joaquín Ospina, Sturgis E. Leavitt, Carlos García-Prada, Frederick Bliss Luquiens y la de Gustavo Perry Zubieta, *¿Quién es quién en Colombia?* Desde el extranjero: Mariano Latorre en “Primera glosa sobre la novela americana”; Alejandro Coello, *Algo sobre la novela en América del Sur*; y Ricardo A. Latcham, “Perspectivas de la novela colombiana actual”. Escritos en una lengua diferente al español: Daniel S. Wogan, principalmente dedicado al estudio de *María*.

En suma, guiados por estos trabajos pioneros, para ellos la novela colombiana tenía una

antigüedad de por lo menos cien años, con alrededor de unos doscientos cincuenta escritores que la habían cultivado, dando como resultado un total de casi quinientas obras.

La primera novela mencionada es la de *María Dolores* (1841) de José Joaquín Ortiz, pasando por *Manuela. Una novela de costumbres colombianas* (1866) de Eugenio Díaz Castro; *María* (1867) de Jorge Issacs; *Los claveles de Julia* (1881) de José María Samper, además de la producción de su esposa Soledad Acosta de Samper; *El alferez real* (1886) de Eustaquio Palacios; *Tránsito* (1886) de Luis Segundo de Silvestre; *Frutos de mi tierra* (1896) de Tomás Carrasquilla, que fue considerada como “un cuadro de costumbres [antioqueñas] y de arcaísmos localistas”.<sup>48</sup>

También destacan *Aura o las violetas* (1892) de José María Vargas Vila; *El moro* (1897) de José Manuel Marroquín; *Mercedes* (1907) de Marco Antonio Jaramillo; *Pax* (1907) de Lorenzo Marroquín; *Diana cazadora* (1915) de Clímaco Soto Borda; *Sangre conquistadora* (1911) de Roberto Botero Saldarriaga; y *Uno de los catorce mil* (1922), *Lili* (1923) de Emilio Cuervo Márquez.

Hasta llegar *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, una de las más celebradas en aquella primera mitad del siglo xx. De esta manera, el género continuó floreciendo y “cobrando estatura”. Por ejemplo, también mencionan los casos de los escritores Luis López de Mesa; Arturo Suárez; Antonio Álvarez Lleras, *Ayer, nada más* (1930); Daniel Samper Ortega, *Zoraya* (1931); César Uribe Piedrahita; José Antonio Osorio, *La cosecha* (1935); Gregorio Sánchez Gómez, “uno de los mejores novelistas contemporáneos”; Rafael Jaramillo Arango, *Barrancabermeja* (1934); Eduardo Zalamea Borda, *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1934); Diego Castellón Arboleda, *José Tombé* (1942) y *Sol en Tambalimbú* (1949).

En síntesis, para los autores, la novela colombiana había seguido las modas literarias: el costumbrismo, la novela de campo y de ciudad, la realista y la psicológica en los últimos años.<sup>49</sup>

Para finalizar este recorrido, además de reconocer la relevante labor emprendida por autores como

<sup>48</sup> Wade y Englekirk, “Introducción”, 1950, p. 237.

<sup>49</sup> Wade y Englekirk, “Introducción”, 1950, pp. 231-251. Para complementar este importante trabajo pionero sobre la novela colombiana, véase: Williams y Medrano, 90, 2018.

<sup>46</sup> Englekirk, “Reseña”, 1944, pp. 363-365.

<sup>47</sup> Wade y Englekirk, “Introducción”, 1950, pp. 231-251.

Englekirk, quienes desde las universidades norteamericanas fundaron un estilo de crítica profesional en torno a las letras iberoamericanas, mencionaré también el papel desempeñado por el mexicano Julio Jiménez Rueda (1896-1960) como uno de los intelectuales más activos durante el periodo.

Jiménez Rueda inició su labor en la revista desde 1945 como director de publicaciones, sustituyendo a Carlos García Prada. Desde ese año hasta 1955, publicó varios textos informativos sobre las labores académicas del Instituto y los Congresos que emanaron de él.

Así explicó la importante labor de la *RI* en el periodo de posguerra:

La REVISTA IBEROAMERICANA seguirá siendo el exponente de lo que piensa el sector que tiene a su cargo crear la obra literaria en todos los países de América, los de habla inglesa como española, los que tienen como idioma oficial el francés como los que se expresan en la lengua de Camoens, y, además de ser vehículo de expresión creadora, también acepta la misión de ser intérprete de los que enseñan las letras en nuestro continente. Ahora que ha terminado la guerra, la responsabilidad es mayor para los escritores del continente y para el que transitoriamente asume la responsabilidad de coordinar los esfuerzos de todos.<sup>50</sup>

En su opinión, los Congresos de Literatura Iberoamericana, realizados desde 1938 (Ciudad de México), en Los Ángeles, California (1940); Nueva Orleans (1942); La Habana (1949); Albuquerque, Nuevo México (1951) y Ciudad de México (1953), se habían conformado como foros fundamentales para entender las relaciones intelectuales entre las naciones americanas.

Entre los más destacados, se encontraba el celebrado en La Habana en abril de 1949, y que coincidió con el centenario del nacimiento de Enrique José Varona. Entre los asistentes figuraron Raimundo Lida, Mariano Picón Salas, Luis-Alberto Sánchez, Américo Castro, Antonio Castro Leal, el padre Alfonso Escudero, Raimundo Lazo, Juan J. Remos, John Englekirk y Francisco Aguilera. Posteriormente, para el Congreso celebrado en la ciudad

de Albuquerque, Nuevo México, en agosto de 1951, el tema central fue el de la novela latinoamericana. Entre los trabajos que se presentaron figuran los de Ciro Alegría, “Notas sobre el personaje en la novela hispanoamericana”; Fernando Alegría, “Clasificación de la novela”; Federico de Onís, “Un precursor de la novela hispanoamericana: Tomás Carrasquilla”; José Antonio Portuondo, “Rasgos predominantes de la novela de Hispanoamérica”, entre otros importantes representantes de las Américas (la anglosajona y la latinoamericana) y Europa.

Por último, como ya se mencionó, en el año de 1953, la Ciudad de México volvió a ser el epicentro académico. Dedicado a “los libertadores Miguel Hidalgo y Costilla, y José Martí, y al gran poeta Salvador Díaz Mirón”. Las sesiones se realizaron en el aula José Martí de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. La inauguración fue en el Anfiteatro Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria, el lunes 31 de agosto de 1953, y la clausura se efectuó en el Paraninfo de la Universidad de Guadalajara, el 5 de septiembre del mismo año. En el homenaje a Salvador Díaz Mirón, se leyeron los trabajos de María del Carmen Millán, sobre el paisaje en la obra de Díaz Mirón; Arturo Torres-Rioseco, sobre su creación poética, y Antonio Castro Leal, “sobre la vida y la obra del insigne poeta veracruzano”; José Antonio Portuondo, profesor de la Universidad de Oriente en Cuba, leyó “un ensayo sobre Hidalgo y Martí”. En el homenaje a Martí, también presentaron estudios los profesores José de Onís, sobre Martí y los Estados Unidos; Francisco Monterde, sobre la poesía de Martí en México; Andrés Iduarte, sobre el americanismo de Martí y Juan J. Arrom, sobre la raíz popular de los “Versos sencillos” de José Martí. Finalmente, otra de las reuniones fue dedicada a la literatura de habla portuguesa a cargo de Benjamin Woodbridge sobre Machado de Assis.<sup>51</sup>

Julio Jiménez Rueda dejó la Dirección de Publicaciones en 1955, y para los números de 1956 ya aparece el argentino Alfredo Ángel Roggiano (1919-1991), State University of Iowa, como encargado de la *RI*.

<sup>50</sup> Jiménez Rueda, “Editorial”, 1946, pp. 217-218.

<sup>51</sup> Jiménez Rueda, “Cuarto”, 1950, pp. 209-212; Jiménez Rueda, “Quinto”, 1951, pp. 9-12; Jiménez Rueda, “Sexto”, 1953, pp. 223-225.

## CONCLUSIONES

En la presente investigación, tres fueron los objetivos. Primeramente, explicar el inicio de la *Revista Iberoamericana* en el contexto bélico que se desarrolló en Europa durante el periodo de 1939 a 1945, en donde los Estados Unidos tomaron un protagonismo cultural-literario en el continente. Aunque no encontré una amplia gama de textos dedicados enteramente a la catástrofe europea y mundial, como sí ocurrió en revistas como *Cuadernos Americanos*, por poner un ejemplo, este fuerte interés por Iberoamérica muestra el momento coyuntural que se estaba viviendo, en donde Estados Unidos ya no se veía como el enemigo jurado y donde América se reconocía como el último reducto de la cultura occidental.

Por otro lado, me concentré en los trabajos de Carlos García-Prada en torno a la literatura colombiana y textos de otros autores fundamentales de América Latina durante el mismo periodo. Por último, se analizó el papel desempeñado por John E. Englekirk y Julio Jiménez Rueda como importantes mediadores entre la América anglosajona y la iberoamericana.

En suma, como se comentó desde el principio, el liderazgo norteamericano fue fundamental. Además de que varios investigadores de origen estadounidense participaron activamente en la mesa directiva de la *RI*, universidades de renombre acogieron a una multiplicidad de expertos latinoamericanos (o iberoamericanos) en temas literarios. Por supuesto, todavía hay un camino largo por recorrer para comprender la historia intelectual del siglo xx latinoamericano desde sus publicaciones periódicas, pero pienso que el presente texto puede ser una motivación para seguir indagando en los autores fundamentales para el periodo, en las propuestas literarias y los géneros en boga y, por último, en las coyunturas y procesos de cambio que han marcado el rumbo intelectual del continente.

## FUENTES

### Hemerográficas

*El País*, España, 2002.

## Bibliográficas

- Ardao, Arturo, "Panamericanismo y latinoamericanismo", en: Leopoldo Zea (coord.), *América Latina en sus ideas*, México: UNESCO/Siglo XXI editores, 2006, pp. 157-171.
- Brenes Meiér, Roberto, "Editorial", en: *Revista Iberoamericana*, vol. I, núm. 1, 1 de mayo de 1939, pp. 7-15.
- Carpio, Campio, "Ideas estéticas en las antologías de Carlos García-Prada", en: *Revista Iberoamericana*, vol. IX, núm. 18, mayo de 1945, pp. 209-215.
- Crooks, Esther J., "Reseñas", en: *Revista Iberoamericana*, t. II, núm. 4, noviembre de 1940, pp. 485-486.
- Englekirk, John E., "El hispanoamericanismo y la generación del 98", en: *Revista Iberoamericana*, t. II, núm. 4, noviembre de 1940, pp. 321-351.
- \_\_\_\_\_, "Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana", en: *Revista Iberoamericana*, t. III, núm. 5, febrero de 1941, pp. 19-38.
- \_\_\_\_\_, "Reseña sobre A. Rolmes Barbosa, *Escritores norteamericanos e outros*", en: *Revista Iberoamericana*, t. VII, núm. 7, noviembre de 1943, pp. 197-202.
- \_\_\_\_\_, "Reseña sobre Arturo Aldunate Phillips", *Estados Unidos. Gran aventura del hombre*, en: *Revista Iberoamericana*, vol. VIII, núm. 16, noviembre de 1944, pp. 363-365.
- García-Prada, Carlos, "Estampas y apologías, por Mario Carvajal", en: *Revista Iberoamericana*, vol. II, núm. 3, abril, 1940, pp. 226-228.
- \_\_\_\_\_, "La ciudad creyente, por Manuel Mosquera Garcés", en: *Revista Iberoamericana*, vol. II, núm. 3, abril, 1940, pp. 228-231.
- \_\_\_\_\_, "Romancero de la conquista y la colonia, por Ismael Enrique Arciniegas", en: *Revista Iberoamericana*, vol. II, núm. 3, abril de 1940, pp. 231-233.
- \_\_\_\_\_, "A. Ortiz Vargas, *Las Torres de Manhattan*", en: *Revista Iberoamericana*, vol. III, núm. 6, mayo de 1941, pp. 440-442.
- \_\_\_\_\_, "Colección literaria. La fuga inefable hacia Ulalume", en: *Revista Iberoamericana*, vol. V, núm. 10, octubre de 1942, pp. 439-445.

- García-Prada, Carlos, "Editorial. El tercer congreso", en: *Revista Iberoamericana*, vol. v, núm. 10, octubre de 1942, pp. 253-256.
- \_\_\_\_\_, "La hora panamericana", en: *Revista Iberoamericana*, vol. v, núm. 10, abril de 1942, pp. 257-261.
- \_\_\_\_\_, "Una sombra errante y su canción", en: *Revista Iberoamericana*, vol. v, núm. 9, mayo de 1942, pp. 203-207.
- \_\_\_\_\_, "Sólo en el presente, Ayer, Mañana", en: *Revista Iberoamericana*, vol. ix, núm. 17, febrero de 1945, pp. 167-172.
- Gómez Restrepo, Antonio, "Carta abierta", en: *Revista Iberoamericana*, vol. 7, núm. 13, 27 de septiembre de 1943, pp. 19-20.
- González, Manuel Pedro, "Editorial", en: *Revista Iberoamericana*, vol. i, núm. 2, noviembre de 1939, pp. 257-259.
- \_\_\_\_\_, "Editorial. I El segundo congreso internacional de catedráticos de literatura iberoamericana", en: *Revista Iberoamericana*, vol. ii, núm. 3, abril de 1940, pp. 9-11.
- \_\_\_\_\_, "Editorial. La hora de las américas", en: *Revista Iberoamericana*, vol. ii, núm. 3, abril de 1940, pp. 12-14.
- Granados, Aimer, "Introducción", en: Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa/Juan Pablos Editor, 2012, pp. 9-20.
- Jiménez Rueda, Julio, "El Tercer Congreso y el destino de América", en: *Revista Iberoamericana*, vol. vi, núm. 11, febrero de 1943, pp. 9-12.
- \_\_\_\_\_, "Editorial", en: *Revista Iberoamericana*, vol. xx, núm. 20, marzo de 1946, pp. 217-220.
- \_\_\_\_\_, "El Cuarto Congreso de Catedráticos de Literatura Iberoamericana", en: *Revista Iberoamericana*, vol. xv, núm. 30, agosto de 1949-enero de 1950, pp. 209-212.
- \_\_\_\_\_, "El quinto congreso de literatura iberoamericana", en: *Revista Iberoamericana*, vol. xvii, núm. 33, julio de 1951, pp. 9-12.
- \_\_\_\_\_, "El sexto congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana", en: *Revista Iberoamericana*, vol. xviii, núm. 36, septiembre de 1953, pp. 223-225.
- Martin, Gerald, "El Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y la *Revista Iberoamericana*: breve relato de una ya larga historia", en: *Revista Iberoamericana*, vol. lxviii, núm. 200, julio-septiembre de 2002, pp. 503-517.
- Mora Muro, Jesús Iván, "El catolicismo frente a la modernidad. Gabriel Méndez Plancarte y la revista *Ábside*", en: *Relaciones*, vol. xxxii, núm. 126, primavera de 2011 pp. 139-170.
- Monterde, Francisco, "Estudios hispanoamericanos de Carlos García-Prada", en: *Revista Iberoamericana*, vol. xi, núm. 21, junio de 1946, pp. 140-142.
- Ots, José María, "Germán Arciniegas: Jiménez de Quesada", en: *Revista Iberoamericana*, vol. iii, núm. 6, mayo de 1941, pp. 456-459.
- Peiser, Werner, "Pan-Europa y Pan-América", en: *Revista Iberoamericana*, vol. vii, núm. 14, febrero de 1944, pp. 309-320.
- Pita González, Alexandra (comp.), *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entre guerra*, México: Universidad de Colima/Miguel Ángel Porrúa, 2016.
- Pita González, Alexandra y Carlos Marichal Salinas (coords.), *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, México: El Colegio de México/Universidad de Colima, 2012.
- Pita González, Alexandra Cristina, María del Carmen Grillo y Fernando Morales, "La datificación como propuesta de análisis. El caso de la *Revista de Historia de América, 1938-1948*", en: *Revista de Historia de América*, núm. 159, julio-diciembre de 2020, pp. 189-224.
- Roggiano, Alfredo A., "Homenaje a Arturo Torres-Rioseco (1897-1971)", en: *Revista Iberoamericana*, vol. lxviii, núm. 200, julio-septiembre de 2002, pp. 663-673.
- \_\_\_\_\_, "John E. Englekirk o la fraternidad por la cultura", en: *Revista Iberoamericana*, vol. lxviii, núm. 200, julio-septiembre de 2002, pp. 775-779.
- Rojas, Rafael, *La historia como arma. Los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría*, México: Siglo xxi Editores, 2025.
- Sanín Cano, Baldomero, "A propósito de Luz que Flota en el Olvido (selección de sonetos colombianos arreglada por Carlos García-Prada)", en: *Revista Iberoamericana*, vol. iv, núm. 7, noviembre de 1941, pp. 49-51.

- Schwartz, Jorge y Roxana Patiño, "Introducción", en: *Revista Iberoamericana*, vol. LXX, núms. 208-209, julio-diciembre de 2004, pp. 647-650.
- Tarcus, Horacio, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*, Buenos Aires: Tren en movimiento/CEDINCI, 2020.
- V. A., "Reseñas", en: *Revista Iberoamericana*, vol. I, núm. 1, 1 de mayo de 1939, pp. 165-228.
- V. A., "Reseñas", en: *Revista Iberoamericana*, vol. II, núm. 4, noviembre de 1940, pp. 485-486.
- Vives, Lorenzo, "En la lira de Alfredo Ortiz Vargas", en: *Repertorio Americano. Cuadernos de Cultura Hispana*, año XXXII, núm. 19, martes 15 de julio de 1952, p. 296.
- Wade, Gerald E., y John Englekirk, "Introducción a la novela colombiana", en: *Revista Iberoamericana*, vol. xv, núm. 30, agosto de 1949-enero de 1950, pp. 231-251.
- Williams, Raymond L. y José Manuel Medrano, *90 años de la novela moderna en Colombia (1927-2017). De Fuenmayor a Potdevin*, Bogotá: Ediciones desde abajo, 2018.
- Zulueta, Luis de, "El porvenir de la lengua española", en: *Revista Iberoamericana*, vol. III, núm. 5, febrero de 1941, pp. 13-18.